

cumplimientos regios y militares, cambios de ruidos cortes, signos de etiqueta, formalidades de radas y de ciudadelas, orto y ocaso del sol saludados todos los dias por todas las fortalezas y por todos los buques de guerra, aperturas y cerraduras de las puertas, etc., etc., el mundo civilizado dispara en todo el globo, cada veinte y cuatro horas, ciento cincuenta mil cañonazos inútiles. Á seis francos de costo cada cañonazo, asciende á novecientos mil francos diarios, ó sea, trescientos millones de francos anuales, que se invierten en humo. Esto no es un detalle insignificante. Entre tanto, los pobres se mueren de hambre.

El año de 1823 era llamado por la restauracion « la época de la guerra de España. »

Aquella guerra contenia muchos acontecimientos en uno solo, é infinitas singularidades. Una gran cuestion de familia para la casa de Borbon; la rama de Francia socorriendo y protegiendo á la rama de Madrid, es decir, haciendo acto de primogenitura; una vuelta aparente á nuestras tradiciones nacionales complicada de servidumbre y de sumision á los gabinetes del norte; el señor duque de Angulema, apellidado por la prensa liberal *el héroe de Andújar*, comprimiendo, en una actitud triunfal un tanto contrariada por su porte apacible, el viejo terrorismo muy real y efectivo del santo oficio en lucha con el terrorismo quimérico de los liberales; los *sans-culottes* resucitados, con gran pavor de las ilustres vejanconas, bajo el nombre de *descamisados*; el monarquismo sirviendo de rémora al progreso que llamaban amarquita; las teorías de 89 bruscamente interrumpidas en la zapa; un « ¡ alto allá! » europeo intimado á la idea francesa que daba vuelta al mundo; al lado del hijo de Francia, generalísimo, el príncipe de Carignan, despues Carlos-Alberto, e ganchándose en esa cruzada de los reyes contra los pue-

blos como voluntario, con sus charreteras de granadero, de estambre encarnado; los soldados del imperio volviendo á entrar en campaña, pero despues de ocho años de reposo, envejecidos, tristes, y con la escarapela blanca; la bandera tricolor enarbolada en el extranjero por un heroico puñado de franceses, como la bandera blanca lo habia sido en Coblenza treinta años ántes; los frailes mezclados con la tropa; el espíritu de libertad y de novedad puesto en razon por las bayonetas; los principios combatidos á cañonazos; la Francia deshaciendo con sus armas lo que ella misma habia hecho con su inteligencia; por lo demas los jefes enemigos vendidos, los soldados vacilando, las plazas sitiadas por millones; ningun peligro militar, y sin embargo, explosiones posibles, como en toda mina sorprendida é invadida; poca sangre derramada, poco honor conquistado, vergüenza para algunos, gloria para nadie; tal fué aquella guerra, por príncipes que descendian de Luis XIV y conducida por generales que salian de Napoleon. Por eso tuvo ella la triste suerte de no recordar ni la gran guerra ni la gran política.

Algunos hechos de armas no carecieron de importancia; la toma del Trocadero, entre otros, fué una bella accion militar; pero, en suma, las trompetas de aquella guerra dan un sonido desagradable, el conjunto fué sospechoso, la historia aprueba á la Francia en su dificultad para aceptar aquel falso triunfo. Pareció cosa evidente que ciertos oficiales españoles encargados de la resistencia cedieron con demasiada facilidad, desprendiéndose de la victoria la idea de corrupcion; pareció haber ganado más bien á los generales que las batallas, y el soldado vencedor se volvió humillado á Francia. Guerra menguada, en efecto, donde pudo leerse *Banco de Francia* en los pliegues de la bandera.

Soldados de la guerra de 1808, sobre los cuales se

habia despiomado Zaragoza de un modo tan formidable, fruncian el entrecejo en 1823 en presencia de la fácil apertura de las ciudadelas, y echaban de ménos á Palafox. Tal es el humor de la Francia: prefiere tener que habérselas con un Rostopchine, más bien que con un Ballestéros.

Bajo otro punto de vista, más grave aún, y en el cual conviene insistir también, aquella guerra que tanto heria en Francia al espíritu militar, indignaba el espíritu democrático. Era aquella una empresa de vasallaje. En aquella campaña, el objeto del soldado frances, hijo de la democracia, era la conquista de un yugo para el vecino, contrasentido repugnante. La Francia está formada para despertar el alma de los pueblos, no para ahogarla. Desde 1792, todas las revoluciones de Europa son la revolución francesa; la libertad irradia del suelo frances. Este es un hecho solar. Ciego es quien no lo vea. Bonaparte lo dijo así.

La guerra de 1823, atentado contra la generosa nación española, era pues al mismo tiempo un atentado contra la revolución francesa. Esta via de hecho, esta ejecución monstruosa, era la Francia quien la cometia; y la cometia por fuerza, pues, fuera de las guerras libertadoras, todo lo que hacen los ejércitos, lo hacen por fuerza. Bien lo indica la palabra *obediencia pasiva*. Un ejército es una singular obra maestra de combinacion, en que la fuerza resulta de una enorme suma de importancia. Así se explica la guerra, hecha por la humanidad, contra la humanidad, y á pesar de la humanidad.

Por lo que hace á los Borbones, la guerra de 1823 les fué fatal. Ellos sin embargo la consideraron como un bien. No veian el peligro que existe en hacer matar una idea por medio de una consigna. En su candidez, engañáronse hasta el punto de introducir en su establecimiento político, como elemento de fuerza, la inmensa debilidad

de un crimen. Un espíritu insidioso penetró en su política, 1830 germinó en 1823. La campaña ibérica vino á ser, en sus consejos, un argumento para los golpes de fuerza y para las aventuras del derecho divino. Habiendo restablecido al *rey neto* en España, la Francia podia muy bien restablecer en su propia casa al rey absoluto. Cayeron en ese peligroso error de tomar la obediencia del soldado por el consentimiento de la nación. Esta confianza pierde los tronos. No conviene dormirse, ni á la sombra de manzanillo, ni á la sombra de un ejército.

Volvamos al navío *Orion*.

Durante las operaciones del ejército mandado por el príncipe-generalísimo, cruzaba una escuadra en el Mediterráneo. Hemos dicho que el *Orion* pertenecia á esta escuadra y que fué traído al puerto de Tolon por acontecimientos de mar.

La presencia de un navío de guerra en un puerto es siempre un suceso que atrae y que ocupa á la muchedumbre. Es que se trata de un objeto grande, y la muchedumbre gusta de todo lo que es grande.

Un navío de línea es uno de los más magníficos encuentros que el genio del hombre tiene con la suprema potestad de la naturaleza.

Compónese un navío de línea á la vez de todo lo más pesado y de todo lo más ligero que existe, porque tiene que habérselas al mismo tiempo con las tres formas de la sustancia, sólida, líquida y flúida, debiendo luchar contra todas ellas. Posee once garras de hierro para asir el granito en el fondo del mar, y más alas y más antenas que ningun insecto volátil para recoger el viento en las nubes. Su aliento respira por las ciento veinte bocas de sus cañones como por otros tantos clarines enormes, y responde con arrogancia al trueno. El Océano procura extravíarle en la pavorosa inmensidad de sus olas; pero

el navío tiene su alma, su brújula, que le aconseja y le señala siempre el Norte. En la oscuridad de la noche, sus fanales suplen á las estrellas. Así, contra el viento tiene la cuerda y el lienzo, contra el agua la madera, contra la roca el hierro, el cobre y el plomo, contra la sombra la luz, contra la inmensidad una aguja.

Si se quiere formar una idea de todas esas proporciones gigantescas cuyo conjunto constituye el navío de línea, no hay más que entrar bajo una de las calas ó gradas cubiertas, de seis pisos, en los puertos de Brest ó de Tolon. Los navíos en construccion están allí bajo campana, por decirlo así. Aquella viga colosal es una verga; esta inmensa columna de madera tendida en el suelo á perder de vista, es el palo mayor. Medido desde su raíz en la cala hasta su cima en las nubes, tiene sesenta toesas de largo, con tres piés de diámetro en su base. El palo mayor inglés se eleva á doscientos diez y siete piés sobre la línea de flote. La marina de nuestros padres empleaba cables, la nuestra emplea cadenas. El simple monton de cadenas de un navío de cien cañones tiene cuatro piés de alto, veinte piés de largo y ocho piés de ancho. ¿Y cuánta madera se necesita para hacer este navío? Tres mil esterios. Es una selva flotante.

Y nótese bien que todavía no se trata aquí sino de los buques militares de hace cuarenta años, del simple buque de vela; el vapor, entónces en su infancia, ha añadido después nuevos milagros á ese prodigio que se llama un navío de guerra. Á estas horas, por ejemplo, el navío mixto, de hélice, es una máquina sorprendente arrastrada por un relámen de tres mil metros cuadrados de superficie y por una caldera de la fuerza de dos mil quinientos caballos.

Sin hablar de estas nuevas maravillas, el antiguo navío de Cristóbal Colon y de Ruyter es una de las obras maestras del ingenio humano. Es inagotable en fuerza como

en alientos el infinito; almacena el viento en sus velas, es preciso en la inmensa difusion de las olas, flota y reina.

Un momento llega sin embargo en que la ráfaga rompe como una paja aquella verga de sesenta piés de largo, en que el viento dobla como un junco aquel palo de cuatrocientos piés de elevacion, en que aquella áncora que pesa diez mil libras se tuerce en la boca de la onda como el anzuelo del pescador entre las mandíbulas de una carpa, en que aquellos cañones monstruosos lanzan rugidos lastimeros é inútiles, que el huracan se lleva al vacío y á la oscuridad, en que todo aquel poder y toda aquella majestad se abisman en un poder y en una majestad superiores.

Siempre que se ostenta desplegándose una fuerza inmensa para concluir en una debilidad, hace esto cavilar y soñar al hombre. De aquí esa multitud de curiosos que hormiguean en los puertos, sin que ellos mismos se den cuenta clara de su propia curiosidad, en derredor de aquellas maravillosas máquinas de guerra y de navegacion.

Todos los días, pues, desde por la mañana hasta la noche, los muelles, la playa, todos los alrededores del puerto de Tolon se hallaban cubiertos de gran cantidad de ociosos y de páparos, *badauds*, como dicen en París, sin más objeto que el estarse mirando el *Orion*.

El *Orion* era un buque enfermo hacía ya mucho tiempo. En sus anteriores navegaciones, espesas capas de conchas se habian aglomerado en toda la parte sumergida, ó en su carena, en términos que le hacian perder la mitad de la velocidad. El año anterior le habian puesto á seco, para desembarazarle de aquellas conchas, y después habia vuelto al mar. Pero aquella operacion alteró todo el herraje de la carena. Á la altura de las islas Baleares, los bordes se cansaron y se abrieron, y como entónces no se ligaban aún las piezas interiores del buque con planchas de hierro batido, hizo agua. Un violento temporal de equi-

noccio había sobrevenido, que desfondó á babor el enjaretado de proa y una porta-cañonera y deterioró el portabombas de mesana. De resultas de estas averías, había venido el *Orion* al puerto.

Mojaba cerca del Arsenal y le estaban reparando y armando. El casco no había sufrido á estribor, pero algunos bordajes habían sido desclavados acá y allá, como suele practicarse, para dar entrada al aire en la armadura.

La muchedumbre que le contemplaba fué testigo una mañana de cierto accidente.

La tripulación estaba ocupada en envergar las velas. El gabiero encargado de tomar los altos puños del gran mastelero de estribor perdió el equilibrio. Viéronle vacilar, la muchedumbre agrupada en el muelle del Arsenal lanzó un grito, la cabeza tiró del cuerpo, el hombre giró en derredor de la verga, con las manos extendidas hácia el abismo; se asió, al pasar, al falso-escabel, primero con una mano y despues con la otra, permaneciendo allí suspendido. El mar se hallaba debajo de él á una profundidad vertiginosa. El sacudimiento de su caída había comunicado al falso-escabel un fuerte movimiento de columpio; y el hombre se mecía en la extremidad de aquella cuerda como la piedra en una honda.

Ir en su auxilio, era correr un riesgo espantoso. Los marineros, pescadores de la costa todos ellos, recientemente entrados en el servicio, no se atrevían á aventurarse de aquella manera tan peligrosa. Entre tanto, el desventurado gabiero se cansaba; no era posible ver su angustia en su semblante, pero todos sus miembros revelaban que sus fuerzas se iban agotando por momentos. Sus brazos se removían en horribles retortijones. Cada esfuerzo que hacía para volver á subir, sólo servía para aumentar las oscilaciones del falso-escabel. No gritaba, por temor de perder sus fuerzas. Ya no se esperaba sino el minuto horroroso

en que soltaría la cuerda, y á cada instante se volvían todas las cabezas para no verle pasar. Hay momentos en que un pedazo de cuerda, un palo, una rama de árbol, son la vida misma; y es cosa horrenda el ver un sér viviente desprenderse de ellos y caer como cae la fruta madura.

De repente vióse un hombre trepar por las jarcias con la agilidad de un gato montés. Aquel hombre estaba vestido de encarnado, era un presidiario; llevaba un gorro verde, señal de que estaba condenado á perpetuidad. Llegado á la altura de la cofa, un golpe de viento le llevó el gorro, dejando ver una cabeza enteramente blanca; no era ningun jóven.

Con efecto, un galeote, empleado á bordo con una cuadrilla del presidio, acudió desde el primer momento al oficial de servicio, en medio de la turbación y de la hesitación de todos los tripulantes, y mientras que los marineros temblaban y retrocedían, pidióle él permiso para arriesgar su vida con el objeto de salvar al gabiero. Sobre un signo afirmativo del oficial, el presidiario rompió de un martillazo la cadena remachada á la argolla de sus grillos, tomó una cuerda y se lanzó á los obenques. Nadie observó en aquel instante con cuánta facilidad fué rota aquella cadena. Más adelante fué cuando se acordaron de esta circunstancia.

En un abrir y cerrar de ojos se encaramó sobre la verga. Detúvose allí algunos segundos, y parecía medirla con la vista. Estos segundos, durante los cuales balanceaba el viento al infeliz gabiero en la extremidad de un hilo, parecían siglos á cuantos miraban la escena. Por fin el presidiario levantó los ojos al cielo, y dió un paso hácia adelante. La muchedumbre respiró: viéronle recorrer la verga á carrera. Llegado á la extremidad, ató allí una punta de la cuerda que él traía, dejando colgar la otra punta: en

seguida se puso á escurrirse y á descender con las manos á lo largo de aquella cuerda, dando esto ocasion á una angustia inconcebible, pues en vez de un hombre suspendido sobre el abismo, ahora se veian dos.

Diriase una araña que va á coger una mosca; sólo que, en este caso, la araña traia la vida, y no la muerte. Diez mil miradas se hallaban fijas en aquel grupo. Ni un grito, ni una palabra, el mismo estremecimiento fruncia todas las cejas. Las bocas retenian todas el aliento, como si temieran añadir el menor soplo al viento que sacudia á los dos miserables.

Entre tanto el galeote habia logrado tiramollarse junto al marinero. Ya era tiempo; un minuto más, y el hombre, desfallecido y desesperado, se dejaba caer en el abismo; el presidiario le amarró sólidamente con la cuerda en la cual se sostenia él con una mano, mientras que trabajaba con la otra. Por último, viósele subir de nuevo sobre la verga, y halar hácia sí al marinero; sostúvole en aquel punto unos instantes á fin de dejarle recobrar fuerzas, y despues le cogió en sus brazos y le condujo, andando sobre la verga, hasta el tamborete, y desde allí á la cofa, donde le dejó en manos de sus camaradas.

Al instante prorumpió la muchedumbre en frenéticos aplausos; no faltó viejo cómitre que derramara lágrimas: las mujeres se abrazaban en el muelle; y por todas partes se oia gritar, con una especie de furor enternecido: ¡Gracia! ¡gracia! ¡indulto para ese hombre!

El entre tanto se habia constituido en el deber de volver á bajar inmediatamente para unirse de nuevo á su cuadrilla; y con el fin de llegar más pronto, dejóse deslizar por las jarcias y echó á correr sobre una verga baja. Todas las miradas le seguian. En cierto momento, causó grande estupor; sea que estuviese fatigado, ó bien que se le fuese la cabeza, creyeron verle vacilar y tambalearse.

De repente lanzó la muchedumbre un grito; el presidiario acababa de caer al mar.

La caída era peligrosa. La fragata *Algeciras* se hallaba anclada junto al *Orion*, y el pobre galeote habia caido entre los dos buques. Era detemer que se deslizase bajo alguno de ellos. Cuatro hombres saltaron á toda prisa sobre una barquilla. Animábalos la muchedumbre; la ansiedad se habia apoderado nuevamente de todos los espíritus. El hombre no habia vuelto á aparecer en la superficie del agua. Habia desaparecido en el mar sin que hiciera un solo pliegue, como si hubiera caido en una cuba de aceite. Se sumergieron, sondearon, buscaron. Todo fué inútil. Exploraron hasta que llegó la noche, no encontraron ni el cuerpo siquiera.

Al día siguiente, el diario de Tolon publicaba estas pocas líneas: — « 17 de Noviembre de 1823. — Ayer, un » presidiario que trabajaba en cuadrilla á bordo del » *Orion*, al volver de prestar auxilio á un marinero, cayó » al mar y se ahogó. No ha podido ser habido su cadáver. Créese que se hallará retenido bajo las estacadas » de la punta del Arsenal. Este hombre estaba registrado » con el n.º 9,430 y se llamaba Juan Valjean. »

Esta batería que, una vez acabada, habria sido casi un reducto, hallábase dispuesta detras de una pared de jardín muy baja, revestida de prisa con una capa de sacos de arena y una ancha escarpa de tierra. Pero este trabajo quedó **por concluir**, no habiendo habido tiempo para guarnecerle de empalizadas.

Inquieto, pero impasible, hallábase Wellington á caballo, permaneciendo todo el dia en la misma actitud, un poco más acá del viejo molino de Mont-Saint-Jean, que aún existe, bajo un olmo que, en dias posteriores, compró por doscientos francos un inglés vándalo y estusiasta, que le hizo aserrar y se llevó á Inglaterra. Wellington estuvo allí friamente heroico. Las balas de cañon llovian en derredor suyo. El ayudante de campo Gordon acababa de caer á su lado. Lord Hill, enseñándole una granada que estaba á punto de reventar, le dijo: — Milord, ¿cuáles son las instrucciones y las órdenes que usted nos deja, si se hace matar? — *Que hagan lo mismo que yo*, respondió Wellington. Á Clinton también le dijo lacónicamente: — *Mantenerse aquí hasta el último hombre*. — Evidentemente la jornada se le iba presentando mal. Wellington gritaba á sus antiguos camaradas de Talavera, de Vitoria y de Salamanca: — *¡Boys (muchachos)! ¡cuidado con echar ni un pié atras siquiera! ¡pensad en la vieja Inglaterra!*

Á eso de las cuatro, la línea inglesa se replegó á retaguardia. De improviso no se vió ya sobre la cresta de la meseta sino la artillería y los tiradores; lo demás, todo habia desaparecido; lanzados por las bombas y granadas francesas, los regimientos se replegaron en el fondo que aún hoy corta la vereda de servicio de la granja de Mont-Saint-Jean; hizose un movimiento de retirada, el frente de batalla inglés quedó borrado, Wellington retrocedió. — *¡Principio de retirada! exclamó Napoleón.*

VII

NAPOLEON DE BUEN HUMOR

Aunque enfermo y mortificado á caballo por una dolencia local, nunca habia estado el emperador de tan buen humor como aquel dia. Su impenetrabilidad sonreía sin cesar desde por la mañana. El 18 de Junio de 1815, aquella alma profunda, con máscara de mármol, radiaba ciegamente. El hombre que se mostró sombrío en Austerlitz, estuvo alegre en Waterloo. Tales contrasentidos suelen ser propios de los más grandes predeterminados. Nuestros gozos son sombras. La sonrisa suprema está en Dios.

Redet Cæsar, Pompeius flebit, decían los legionarios de la legion Fulminadora. Pompeyo esta vez no debia llorar, pero es lo cierto que César reía.

Desde la víspera, á la una de la noche, explorando á caballo, con Bertrand, bajo la tempestad y las lluvias, las co-

linas inmediatas á Rossomm; satisfecho de ver la larga línea de las fogatas inglesas iluminando todo el horizonte, desde Frischemont á Braine-l'Alleud, le habia parecido que el destino, citado por él á dia fijo en el campo de Waterloo, era exacto; detuvo su caballo, permaneciendo algunos instantes inmóvil, mirando los relámpagos, escuchando los truenos; y diz que se oyó á aquel fatalista lanzar en la sombra esta palabra misteriosa: « Estamos de acuerdo. » Napoleon se engañaba. Ya no estaban acordados.

No durmió ni un solo minuto aquella noche, cuyos instantes todos fueron marcados para él con señales de alegría. Recorrió toda la línea de las grandes-guardias, deteniéndose aquí y allí para hablar á los centinelas. Á las dos y media, oyó junto al bosque de Hougomont los pasos de una columna en marcha, y creyó un momento en la reculada de Wellington, diciendo á Bertrand: *Esa es la retaguardia inglesa que se ha puesto en marcha para decampar. Cogeré prisioneros á los seis mil ingleses que acaban de llegar á Ostende.* Hablaba así con expansion, habiendo recobrado aquel númen verboso del momento en que desembarcó el 1.º de Marzo, cuando mostrando al gran mariscal el labriego entusiasta del golfo Juan, le dijo: — *¡Ea bien, Bertrand, ya tenemos aquí un refuerzo!* La noche del 17 al 18 de Junio se burlaba de Wellington. — *Ese Inglesito necesita una leccion*, decia Napoleon. La lluvia redoblaba; y mientras que el emperador hablaba así estaba tronando.

Á las tres y media de la mañana, habia perdido ya una ilusion; varios oficiales enviados á hacer un reconocimiento vinieron á anunciarle que el enemigo no hacia ningun movimiento. Todo permanecia en el mismo estado; ni siquiera se pagaba un fuego de vivac. El ejército inglés estaba durmiendo. Profundo silencio sobre la tierra; sólo habia ruido en el cielo. Á las cuatro le presentaron los exploradores un

paisano, el cual habia servido de guía á una brigada de caballería inglesa, probablemente la de Vivian, que iba á tomar posicion en el pueblecito de Ohain, á la extrema izquierda. Á las cinco, dos desertores belgas vinieron á decirle que acababan de dejar su regimiento, y que el ejército inglés esperaba la batalla. — *¡ Tanto mejor !* exclamó Napoleón. *Me gustará más volcarlos que rechazarlos.*

Por la mañana, se apeó sobre el lodo, en la barga que forma el ángulo del camino de Plancenoit, hizo que le trajeran de la granja de Rossomme una mesa de cocina y una silla de cabaña, se sentó teniendo por tapiz un haz de heno, y desplegó sobre la mesa el plano del campo de batalla, diciendo á Soult : *¡ Bonito ajedrez !*

Atollados en los lodazales de los caminos, á consecuencia de las lluvias de aquella noche, los convoyes de viveres no habian podido llegar por la mañana; el soldado no habia dormido, se hallaba mojado y en ayunas, lo que no impidió que Napoleón dijera alegremente á Ney : *Tenemos noventa probabilidades sobre ciento.* Á las ocho, trajeron el almuerzo al emperador, quien habia convidado á él á varios generales. Mientras que almorzaban, como refiriesen allí que Wellington se hallaba la antevíspera en Brusélas, en el baile que dió la duquesa de Somerset, Soult, guerrero de modales rudos, con cara de arzobispo, dijo : *El baile será hoy.* El emperador habia bromeado con Ney que le decia : *Wellington no será bastante tonto para esperar á Vuestra Majestad.* Por lo demas, tales eran de ordinario sus maneras. *Le gustaba chancearse,* dice Fleury de Chaboulon. *El fondo de su carácter era un humor jovial,* dice Gourgaud. *Prodigaba las bromas, más extravagantes que chistosas,* dice Benjamin Constant. Estas humoradas de gigante valen la pena de que insistamos en ellas. Él fué quien puso á sus granaderos el apodo de « los gruñidores », y solía pellizcarles las orejas y tirarles de los bigotes. *El emperador se divertía en hacer-*

LIBRO TERCERO

CUMPLIMIENTO

DE LA PROMESA HECHA Á LA MUERTA

I

LA CUESTION DEL AGUA EN MONTFERMEIL

Hállase situado Montfermeil entre Livry y Chelles, en el borde meridional de esa alta meseta que separa al Ourque del Marne. Hoy es un pueblo bastante grande, adornado todo el año de villas de yeso, y los domingos, de *bourgeois* de París solazándose, de buen humor. En 1823, no habia en Montfermeil ni tantas casas blancas ni tantos parisienses satisfechos: no era más que un lugar en medio de los bosques. Es verdad que se encontraban allí, á ciertas distan-